

su desgracia é injusto encarcelamiento, solo lo atribuye á la voluntad divina. GENES. XLV, 8.

Observemos al virtuoso Tobías, que privado de la vista por sus obras de misericordia, y siéndole pesada su vida por no poder continuar practicándolas, desea morir, y lo pide á Dios: pero ¿cómo? Oigámosle: *Et nunc, Domine, secundum voluntatem tuam fac mecum, et præcipe in pace recipi spiritum meum.* TOB. III, 6.

Mas, donde encontraremos mucho que admirar y que imitar, es en nuestro Señor Jesucristo, víctima perfectísima de su conformidad á la voluntad del Padre. A más de las repetidas veces, que declara ser su objeto, su vida y su alimento, el cumplir esta soberana voluntad, son muy significativas aquellas palabras, que S. Pablo le pone en boca: *Hosiam et oblationem noluit, corpus autem aptasti mihi: holocaustomata pro peccato non tibi placuerunt. Tunc dixi: ecce venio: in capite libri scriptum est de me,* etc. HEB. X, 5.

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Dicimus: fiat voluntas tua: non ut Deus faciat quod vult, sed ut nos facere possimus, quod Deus vult.* S. CYPRIAN. DE ORAT. DOMIN.

*Satanæ voluntas semper iniqua est, sed numquam potestas injusta; quia à semetipso voluntatem habet, sed à Domino potestatem: quod enim facere inique appetit, hoc Deus fieri non nisi juste permittit.* S. GREG. LIB. II, MORAL. CAP. 6.

*Da, Domine, quod jubes, et jube quod vis.* S. AUG. IN CONFESS. CAP. 29.

*Quidquid hic accidit contra voluntatem nostram, noveris non accidere nisi de voluntate Dei.* IDEM IN PSAL. CXLVIII.

*Qui sunt recti corde? Qui voluntatem suam ad Dei voluntatem dirigunt, non voluntatem Dei ad*

Cuando decimos: hágase tu voluntad; no pretendemos que Dios haga lo que quiera, sino que nosotros podamos hacer lo que Dios quiere.

La voluntad de Satanás siempre es mala, su poder nunca es injusto; porque si la voluntad es suya, el poder lo tiene del Señor; y lo que él desea hacer por malicia, Dios no se lo permite sino con justicia.

Concededme, Señor, gracia para hacer lo que me mandais, y mandadme lo que quisierais.

Todo lo que en esta vida acaece contra nuestra voluntad, sabed que no sucede sino por voluntad de Dios.

¿Quiénes son los rectos de corazón? Aquellos que conforman su voluntad á la de Dios, sin pre-

*suam curvare conantur.* IDEM IN PSALM. CXXIII.

*Velle quod Deus vult, hoc est jam similem Deo esse.* S. BERNARD.

*Ita subjici voluntas nostra debet voluntati divinæ, ut quod certum est eum velle, id nos velimus omnino, et quod certum est nolle, similiter execremus.* IDEM IN SERM. DE SUBJECT. DIVIN. VOLUNTATI.

*Hoc perfectæ conversionis est forma: Domine, quid me vis facere?* IDEM SERM. 1 IN CONVERS. S. PAULI.

tender forzar la voluntad de Dios á sus deseos.

Querer lo que Dios quiere, es hacerse ya semejante á Dios.

Nuestra voluntad debe sujetarse de tal modo á la de Dios, que queramos absolutamente lo mismo que él quiere, y que detestemos lo que él ciertamente no quiere.

Esta es la fórmula de una perfecta conversion, decir: Señor, ¿qué quereis que haga?

## CONFUSION

## DE LOS BUENOS CON LOS MALOS.

*Vis, imus, et colligimus ea? Et ait: Non.*

¿Quieres que vayamos á coger la zizaña? A lo que le respondió: No.

(Matth. XIII, 28 et seq.)

La divina sabiduría permite la confusion de la zizaña y el trigo, de los justos y de los pecadores en la Iglesia, para proporcionar á unos y otros, medios de conversion, y ocasiones de mérito. Y cuando los siervos del Padre de familias, movidos de los escándalos, que afrentan su reino, le piden que les permita arrancar la zizaña, que el

hombre enemigo habia sembrado en el campo divino, condena su celo y les dá á entender, que esta mezcla, que tan injuriosa parece á su gloria, tiene sus razones y sus utilidades en el órden adorable de su providencia.

No obstante, esta mezcla, destinada á corregir el vicio, y purificar y probar la virtud, engaña ó desalienta á ésta, y dá motivo de murmuracion á aquél. Esta mezcla, que debiera ser útil para todos, ha llegado á ser perniciosa para todos; y aún hoy, dice S. Agustin, tienen trabajo los justos en aguantar á los pecadores, y los pecadores no pueden sufrir la presencia de los justos, siendo mutuamente molestos los unos á los otros: *Oneri enim sibi sunt*. Es, pues, muy importante, el explicar las razones eternas, y las utilidades de esta conducta de Dios para con su Iglesia; y ésta es una materia muy importante, porque se ordenan á ella todas las demás obligaciones de la vida cristiana. A la verdad, hallándose siempre mezclados en la tierra, el vicio y la virtud, no hay cosa mas digna de explicacion que las reglas de la fe, que enseñan á los pecadores, la utilidad que deben sacar de la compañía de los justos, con quienes tienen precision de vivir; y á los justos, la que han de sacar del comercio con los pecadores, el que les es inevitable en la tierra.

Para fundar, pues, estas verdades, de modo, que sirvan de doctrina sólida, basta registrar los primeros designios de la Providencia, y exponer cuáles han podido ser las eternas razones de su sabiduría, en la confusion que permite en la tierra, de buenos y malos. Dos son las principales, y de ellas, deduciré las reglas que intento proponer.

Los buenos, sirven en los decretos de Dios, para la salvacion ó condenacion de los malos: ésta es la primera.

Y á los malos, los sufre Dios, para la instruccion ó mérito de los justos: ésta es la segunda. De la explicacion de estos dos principios, se inferen todas las verdades principales, que se contienen en esta materia, las que arreglan, ó la conducta de los pecadores para con los justos, ó las disposiciones de los justos para con los pecadores. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿No parece, hermanos míos, que hubiera sido cosa más gloriosa para Jesucristo, el haberse formado en la tierra una Iglesia, que únicamente se compusiese de justos, sin mancha en sus costumbres, como en su fe, y que fuese natural y anticipada imagen de la Jerusalem celestial, y de aquella Iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en el cielo? ¿No parece, que un campo

regado con su sangre divina, no debia producir zizaña con el trigo? Es verdad, hermanos míos, que los justos forman acá en la tierra la parte más esencial y más inseparable de la Iglesia. No obstante, aunque los pecadores no sean más que manchas de este cuerpo divino, pueden hallar en su compañía, con los justos, ó mil felices medios de salvacion, que les faltarian si vivieran separados de ellos, ó un terrible motivo de condenacion, que justificará la severidad de los juicios de Dios para con ellos. He dicho mil felices medios de salvacion, pues hallan en su compañía, con los justos, los socorros de las instrucciones, de los ejemplos, y de la oracion; esto es, los medios más eficaces para su conversion. La primera utilidad, que saca el pecador de la compañía de los justos, es el socorro de las instrucciones; y éstas hacen mayor efecto, aún en las almas más mundanas, porque tienen por caracteres propios é inseparables, la verdad, la autoridad y la caridad. La verdad. Los justos tienen la vista demasiado sencilla, y los labios demasiado inocentes, para alabar al pecador los deseos de su corazón; llaman con una noble sencillez al bien, bien; y al mal, mal: saben, que solamente deben respetar la verdad; se compadecen demasiado de los desórdenes de sus prójimos, para aplaudírselos; desean muy eficazmente su salvacion, para poder, con lisonjeros consejos, hacerse cómplices de su perdicion; podrá suceder que callen, porque no siempre es tiempo de hablar, pero cuando lleguen á hablar, siempre será para dar gloria á la verdad; y nunca halla en ellos el vicio, ni aquellas indignas adulaciones de los que le admiran, ni aquellas artificiosas condescendencias de los que les justifican.

Pero los justos, no solamente conservan la verdad entre los hombres, sino que sus palabras tienen tambien cierta autoridad, que nace solamente de la virtud, un peso y una fuerza, que no se halla en los discursos de los demás hombres. A la verdad, el pecador por más elevado que sea, pierde, con sus desórdenes, el derecho de reprender á los que se descaminan: pero el justo, puede condenar con satisfaccion en los demás, lo que él ha empezado á prohibirse á sí mismo; y todo cuanto dice, halla en sus costumbres una nueva autoridad, á la que es imposible no rendirse; por eso, sin saber cómo, concedemos á los justos una especie de imperio sobre nosotros mismos: por más elevados que seamos, la virtud se forma como un tribunal aparte, á que sujetamos con gusto nuestra elevacion y nuestro poder; y parece, que los justos, que algun dia han de juzgar á los ángeles, tienen desde ahora derecho para ser jueces de los hombres. Los justos, añaden

á esta autoridad inseparable de la virtud, los santos artificios y la discreta circunspeccion de una caridad afectuosa y prudente.

No quiero mas testigos de esta verdad, que á vosotros mismos. ¿Cuántas veces, al mismo tiempo que seguiais con mas furor los desórdenes del mundo y de las pasiones, un amigo cristiano, ha despertado la embriaguez de vuestro corazon, á las luces de una razon más tranquila; os ha hecho confesar la injusticia de vuestros caminos, las secretas amarguras de vuestro estado, el abuso del mundo, y la vanidad de sus esperanzas, y ha introducido, en lo íntimo de vuestro corazon, un rayo de luz y de verdad, que despues no se ha vuelto á apagar, y os ha atraido secretamente á la virtud y á la inocencia? Agustin conoca, que se fijaban sus irresoluciones con las conversaciones de Ambrosio: Alipio, sentia confortarse su flaqueza con la santa familiaridad de Agustin: la verdad, cuando está acompañada de las persuasiones sinceras y amorosas de un amor cristiano, parece, que tiene un nuevo derecho sobre nuestros corazones.

Lo que dá nuevas fuerzas á las instrucciones de los justos, es el estar animadas con su ejemplo; segundo motivo de salvacion, que su compañía proporciona á los pecadores. Y, á la verdad, amados oyentes míos, si vivierais en medio de un mundo, en donde Dios no fuera conocido; si todos los hombres fueran semejantes á vosotros, y no vierais mas que ejemplos de disolucion por todas partes, como no conoceriais la virtud, nunca la podriais desear; la culpa permanecería siempre tranquila, porque su oposicion á la santidad, nunca turbaría sus falsas delicias; no sentiriais levantarse en vuestro interior aquellas secretas turbaciones, que os reprenden vuestra propia flaqueza, y tendriais por imposible la vida de los cristianos, porque no veriais ejemplos de ella; pero en cualquiera estado, que os haya puesto la Providencia, hallais justos de vuestra edad y de vuestra condicion, que observan la ley del Señor y caminan á su vista, con santidad é inocencia: su ejemplo solo, es una voz poderosa, que continuamente os está hablando en lo íntimo de vuestro corazon, y que, no obstante vuestra repugnancia, os llama á la verdad y á la justicia. Nosotros os anunciamos la piedad, desde estos cristianos púlpitos; pero los justos os la persuaden con su ejemplo. Nosotros os manifestamos el camino desde léjos, pero ellos van delante de vosotros, para que se os haga más fácil, y para animaros á que los sigais. Nosotros os señalamos las reglas, y ellos os dan el modelo. ¿Cuántas veces, amados oyentes míos, movidos con la vista de un justo de vuestra clase y de vuestro estado, os habeis reprendido interiormente las infelices inclinaciones, que no os permitian hacer lo mismo? ¿Cuántas veces, la memoria de

su inocencia, os ha llenado de confusion, os ha hecho suspirar por vuestra flaqueza, y balancear algun tiempo, entre la obligacion y la pasion? ¿Cuántas veces, sola su presencia, ha despertado en vosotros deseos de salvacion, y os ha hecho, que os prometais interiormente á vosotros mismos, que algun dia seguireis sus pisadas?

Finalmente, sirven tambien los justos para vuestra salvacion, con sus gemidos y oraciones; y en esta última utilidad, conoceréis lo respetable que es la virtud en los que la practican. *Orad los unos por los otros, para que seais salvos*, dice el apóstol Santiago, *porque mucho vale la oracion perseverante del justo*. JACOB. v, 16. Si el Señor mira aún con ojos de misericordia á la tierra; si aún derrama sus favores sobre los reinos é imperios, es porque nos los alcanzan los justos con sus oraciones é interiores suspiros. Por ellos, se derraman todas las gracias en la Iglesia: á ellos, deben los siglos las victorias de la fe, aquellos hombres célebres por su doctrina, que suscita Dios en las necesidades de su Iglesia, para que se opongan á las empresas del error, á la relajacion de las costumbres, y á la debilitacion de la disciplina. A ellos, debe el mundo los inesperados socorros en las públicas calamidades, la tranquilidad de los pueblos, y la felicidad de los siglos: todo se les debe á ellos, porque todo se hace por ellos. Hemos visto, que Dios se sirve de los justos, para corregir ó confundir á los pecadores; demostremos ahora, que tambien se sirve de los pecadores, para confirmar la fe, ó para probar la virtud de los justos.

2. El cuerpo de los justos, esparcido por todo el mundo, halla su aumento y utilidad en las caidas, y aún en los errores de los que se descaminan. Advertid, amados oyentes, que el descuido, el disgusto y el olvido de las gracias, son los mas frecuentes escollos de la virtud de los justos; y su confusion con los malos, sirve, en primer lugar, para su instruccion, preservándolos de estos escollos, y dándoles continuas lecciones de vigilancia, de fidelidad, y de reconocimiento.

De vigilancia; en las caidas de sus prójimos, están continuamente leyendo los justos, las razones que tienen para estar vigilantes; ven en un principio, que les es comun con ellos, que deben temer las mismas flaquezas, y que solamente los distingue el uso de una fe siempre atenta; aprenden en la misma historia de las desgracias ajenas, cuáles son los grados que guian insensiblemente á la culpa; que los principios de ésta son leves; que por poco que se conceda al enemigo, siempre son funestas para el alma, las ventajas que él logra; y ven, que entre los que caen á su vista, hay muchos, que en otro tiem-

po, han sido más fervorosos que ellos, en los caminos de Dios, y que confiaban más que ellos, de no apartarse con unas tan vergonzosas caídas de aquel estado de fervor y justicia. De este modo, aprenden todos los días en los desórdenes de sus prójimos, que no hay más seguridad para la virtud, que la vigilancia; y que nunca hay mucha distancia, entre la relajación y la caída.

El vivir los justos mezclados con los pecadores, mantiene su vigilancia contra las tentaciones de relajación, y confirma también su fidelidad contra la tentación del disgusto. Y, á la verdad, si retirados del siglo, vivieran separados de los pecadores, puede ser, que en aquellos momentos en que el corazón árido se deja arrastrar de su propio peso, en que se cansa de sí mismo, en que la virtud no halla gusto alguno sensible que la sostenga; puede ser, que entonces se figuraran una suerte más feliz, y unos placeres más agradables en el mundo, que en la virtud. Pero la presencia de los pecadores disipa esta ilusión; el justo, no necesita de su fe para desengañarse de la falsa felicidad de los pecadores: bástale abrir los ojos; busca á los que son felices en el mundo, y no los halla; en todas partes ve unas inquietudes, á las que llaman placeres, y en ninguna ve felicidad; consulta á los mismos mundanos, y todos atestiguan contra el mundo y contra su falsa felicidad; entre los mismos pecadores, halla mucho mayor fastidio y mucho más disgusto de la vida humana, que el que ellos han experimentado en la virtud; vé, que sus pasiones son la causa de todas sus desgracias y penas; que el corazón del justo, que está libre de ellas, no tiene más trabajo, que el no conocer suficientemente su felicidad. De este modo, la presencia de los pecadores confirma la fidelidad de los justos contra la tentación del disgusto, y, además de esto, aviva su agradecimiento, y los defiende contra el olvido de las gracias.

En tercer lugar, la presencia de los malos, contribuye á la instrucción del justo: conoce algunos pecadores, que gimen con el peso de sus cadenas; que desean su libertad; que toda su vida están fluctuando, entre los deseos de la virtud y la tiranía de las pasiones; y que, con todo eso, nunca llegan á ponerse en salvo; y se acuerda, de que el Señor se puso delante de él para sacarle del desorden, al mismo tiempo, que él, en vez de esperarle y llamarle, huía de su presencia; y se acuerda también, de que, cuando aún tenía las armas en la mano contra su gloria, sin haber llegado á la penitencia con más preparación que sus culpas, una luz celestial le hirió repentinamente; una luz invisible rompió de un golpe sus cadenas; y el dueño de los corazones le dió un corazón nuevo. El fruto de su agradecimiento debe ser el agrado,

el sufrimiento y la caridad para con los prójimos, que se descaminan.

También sirven los malos para mérito de los justos. Aún cuando los pecadores no sirvieran de más, que de dar nuevo realce á la fidelidad de los justos, con la ocasión de su mal ejemplo, sería siempre una gloria inmortal para la virtud, el poder resistir á ellos; porque, además de que se necesita de fuerza para resistir al mal ejemplo, que se tiene siempre á la vista, particularmente cuando se halla favorecido con las inclinaciones corrompidas de la naturaleza, son estos unos ejemplos, que la amistad, el parentesco, el interés, la complacencia y el respeto, hacen más poderosos y más á propósito, para engañar al justo: éste tiene que defenderse de sus jefes, de sus amigos, de sus parientes y de sus protectores. Es preciso, que les ame, que les respete, que les trate, que les dé gusto, y, al mismo tiempo, tenga valor para no imitarlos. Es preciso, que la voluntad de éstos le sirva de ley, sin que tenga sus acciones por modelos. Finalmente, es preciso, que tenga valor para condenar, con su modo de vida, lo que está más autorizado entre los hombres; para pasar la plaza de una alma cobarde y tímida, despreciando los juicios de los hombres como sus ejemplos: de este modo, el justo, con su fidelidad, honra la grandeza del dueño á quien sirve, y es, en el mundo, un espectáculo digno de los ángeles y del mismo Dios.

Pero, no solamente los malos ejemplos de los pecadores dan mayor realce á la fidelidad de los justos, sino, que su malicia, proporciona también á su virtud mil gloriosas pruebas. Porque, si la virtud no hallara oposición, si no fuera oprimida y perseguida, aunque tuvieran los justos el mérito de la inocencia, no tendrían el de la fidelidad. Si su piedad no hallara acá en la tierra, más que aplausos y respetos, sería demasiado agradable el camino para ser seguro. Si todos aplaudieran la virtud, presto se destruyera á sí misma; esta peligrosa calma, la adormecería; estos favores humanos, la debilitarían; estos aplausos públicos, ó corromperían su raíz, ó la servirían de desquite en las penas.

Esta es la utilidad, que la divina sabiduría saca de la malicia de los pecadores; los sufre; ¿qué digo sufrir? los favorece de tal modo, que algunas veces se escandalizan sus siervos, con el Profeta, de la prosperidad de los impíos. Son unos instrumentos de justicia, destinados á ejercitar su fe; y aunque inútiles para sí mismos, sirven, á lo ménos, á las adorables disposiciones de aquel Señor, que sabe sacar bien del mal para la eterna salud de sus prójimos. De este modo, todas las cosas, y aún los mismos impíos, cooperan al bien de

sus escogidos: oprimiéndolos, hacen que resplandezca su paciencia; cargándolos de burlas y oprobios, proporcionan nuevas victorias á su caridad; tratándolos de engañadores y de hipócritas, libran su piedad de la tentacion, de los aplausos y alabanzas; despojándolos de sus bienes, purifican su desasimiento; suscitando obstáculos y contradicciones á su virtud, coronan su preseverancia. En este punto, amados oyentes, vosotros, que servís al Señor, y caminais por la senda de sus mandamientos, no siempre os aprovechais de vuestra fe. Quisierais, que la devocion siempre fuese amparada, favorecida, y aún preferida al vicio, acá en la tierra. Quisierais, que fuese humillada la soberbia de los impíos, que la piedad recibiese acá en la tierra su recompensa, y que en vez de las cruces y tribulaciones, que deben ser su galardón, gozase de las distinciones, que no la están prometidas en el mundo. Pero no conoceis, que vuestros injustos deseos, quitan á la sabiduría de Dios el principal medio de salvacion, que en todos los siglos ha preparado á sus siervos, y que, por proporcionar un vano triunfo á la virtud, la quitaís la ocasion y el mérito de sus verdaderas victorias.

Además de que la malicia de los pecadores, prueba y purifica la fe de los justos; los escándalos y desórdenes de aquéllos, les afligen, y arrancan de su piedad gemidos de celo y de compasión, que les sirven de nuevo mérito en la presencia del Señor. Ultima utilidad, que sacan los justos de su confusion con los pecadores. Siendo testigos de la general corrupcion, y del diluvio de culpas de que parece estar inundado el mundo, se consumen de dolor, como el Profeta; se sienten despedazar con las más vivas impresiones del Espíritu de Dios, como Pablo, á vista de los desórdenes é impiedades de Atenas: *Incitabatur spiritus ejus in ipsum*. Act. xvii, 1. Quieren morir de tristeza, como Elías, al pié de la montaña, al ver las prevaricaciones de Israel: piden, como Jeremías, una fuente de lágrimas para llorar los excesos é iniquidades de su pueblo: desean, como Moisés, ser borrados del libro de los vivientes, por no ser testigos de la incredulidad de sus hermanos; y suspiran, como Daniel, por el fin de la cautividad, por la libertad del pueblo de Dios, y por la venida del Rey eterno. Este es el fruto, que saca la piedad de los justos, de los desórdenes y escándalos de que son testigos.

Vé á Jerusalem, decia en otro tiempo el Señor al ángel exterminador, señala en la frente, y perdona á los hombres, que gimen y están afligidos por las iniquidades que en ella se cometen. EZECH. ix, 4. Este es el más esencial carácter de los justos; esta es la señal decisiva por donde se les conoce; todos los demás habitantes de Je-

rusalen, son entregados al furor de la espada y de la venganza del cielo; solamente el corto número de justos, que gime, es perdonado,

señalado en la frente con el sello de la salud. El Señor no reconoce por tuyas, sino aquellas almas que, movidas del celo de su gloria, derraman continuamente en su presencia la amargura de su corazón por las iniquidades de su pueblo, y todos los días le dicen con un profeta: Atended, oh Señor, desde lo alto de la morada de vuestra gloria, y echad una mirada hácia nosotros. ISAI. LXIII, 15. ¿Dónde está vuestro celo? ¿Dónde la fuerza de vuestro brazo? O, á lo ménos, ¿qué se han hecho las entrañas de vuestras antiguas misericordias para con vuestro pueblo? ¿Por qué habeis permitido, Señor, que nos hayamos apartado de vuestros santos caminos? ¿Por qué habeis dejado endurecer nuestro corazón, para que no os temiésemos? Miradnos, Señor, atendiendo á los siervos fieles, que aún os conservais entre las tribus de vuestra herencia.

Estos son los gemidos de la fe, y el uso que deben hacer los justos de su confusion con los malos, con quienes viven. Y, vosotros, oyentes, los que sois aun la zizaña de este divino campo, mirad á los justos, que habitan entre vosotros, como los más felices recursos de vuestra salvacion; respetadlos, ya que no os resolvais á imitarlos; uníos á ellos, si es que aún no podeis seguirlos; desead el serles semejantes, si es, que aún no podeis alcanzar de vuestra flaqueza más que deseos; favoreced sus santas obras, si es, que aún no podeis ejecutarlas vosotros mismos: y respetando la virtud, procurad merecer el dón precioso de aquel Señor, que no deja sin recompensa deseo alguno de fe y de piedad; dón, que, más tarde, os haga dignos de una recompensa eterna en el cielo.

Véase: PROVIDENCIA.